

En los primeros dos meses de 2021, contando hasta la fecha 23 de febrero, se registraron 59 femicidios en Argentina. Estos femicidios son solo los que se lograron detectar en poco menos de dos meses; si todos los femicidios salieran en los medios el número sería avasallante, ya que no contamos las violaciones intrafamiliares, las violaciones en las villas o todas las que terminan escondidas en el silencio. Peor aún si contáramos todos los femicidios en latinoamérica, o directamente en el mundo.

Cada veintisiete (27) horas muere una mujer, no llega a ser ni un día que pase sin la angustia y el miedo que nos inunda a cada momento, al salir a la calle, al preocuparnos por lo que tenemos puesto, al quedarnos en casa, al respirar. Siempre hay otra que puede estar peor y por quien preocuparse. Mientras una duerme a otra la están asesinando, no podemos seguir viviendo así, no es una vida digna.

Estamos hartas de un Estado que sistemáticamente se desentiende de nuestras denuncias y deja a violadores caminar en total impunidad por la calle. Hartas de que nos silencien. Hartas de que sean los policías los que nos maten y nuestras amigas las que se ocupen de cuidarnos.

123 trabajadoras de la industria textil fueron encerradas e incineradas por reclamar sus derechos laborales en una fábrica de Nueva York en 1911. Esto ocurría un 8 de marzo, el cual se instauró como el Día Internacional de la Mujer Trabajadora en conmemoración de este trágico precedente de lo que luego se llamaría "femicidio". Un siglo después, el capitalismo consumista transformó a esta fecha en todo lo que no es, adornándola con publicidades teñidas de rosa, perfumes y descuentos por ser "nuestro día", el único día del año en el que parecería que merecemos ser respetadas.

El 8 de marzo no representa un día de festejo, sino una lucha que acompaña a las mujeres hace siglos. Un grito para que nos escuchen y dejen de maltratarnos, de abusarnos, de subestimarnos, de meternos en cajas diminutas y querernos dóciles, avergonzadas de nuestros éxitos y nuestra sexualidad. Nada de esto está ligado a las flores, las cajas de bombones ni los descuentos en depiladoras. ¿Será que se consiguen políticas de género en la sección de cosméticos? ¿Acaso creyeron que podían meter la fuerza de nuestro grito en una caja de bombones? ¿Para qué sirve una flor, si cada pétalo que caiga coincidirá con una mujer violada?

Como mujeres, crecimos jugando a cocinar, limpiar la casa, maquillarnos y vestirnos de rosa; mientras que nuestros hermanos o compañeros jugaban con autos, figuras de acción y bloques de construcción. Nos enseñaban a callarnos mientras nos dejaban pasar primero por la puerta. La maternidad era vista como el aspecto más glorificado de nuestras vidas; porque el trabajo, los negocios y la manutención de la familia estaban reservadas al hombre. No podíamos aspirar a ser más que las

mujeres posando en las revistas, hablando de sus dietas y “sus secretos de maquillaje”.

Llegó el momento de decir basta, de cuestionar lo que pensamos y lo que nos enseñaron, de alzar la voz entre todas y reclamar por los derechos que nos están arrebatando. Buscar hacer preguntas, incomodarnos. ¿Cuál es el trasfondo de nuestro lenguaje? ¿Por qué se genera un breve silencio al hablar de la anatomía femenina? ¿De qué chistes nos reímos? ¿Qué actitudes misóginas de nuestro entorno decidimos ignorar?

Así como queda más que claro que el 8 de marzo no es simplemente una fecha y nuestra lucha no se reduce únicamente al día de hoy, tampoco se reduce a este discurso o a una marcha. Como alumnas, también proponemos llevar el movimiento feminista hacia nuestro espacio más cotidiano, las aulas. Dar lugar a la reflexión constante y no dejar pasar por alto ciertas cuestiones que tienen que ser resaltadas. Es momento de dejar de naturalizar todas las violencias que vivimos a diario. Necesitamos cambiar la cultura hoy y de forma radical, no hay más tiempo. Los números no mienten. Nos siguen matando cada vez más y con más crueldad.

A los varones, pedimos nuevamente que no solo cuestionen sus privilegios sino que empiecen a discutir y militar entre ustedes. Dejar de consumir, compartir y hablar de nosotras como si fuéramos de su propiedad. Hablar con sus papás, amigos, hermanos, abuelos; no dejar pasar sus actitudes ni las tuyas. Respetar a las mujeres, las conozcan o no, tratar de ayudarlas a que no tengan miedo. Entender que, si lo tienen, no están exagerando. Porque por más que militemos en la calle por una vida digna e igual para todes el cambio no va a suceder si no modifican lo que hacen, dicen y piensan. Como dijo Virginia Woolf, "La oposición masculina a la independencia femenina es quizás más interesante que la independencia en sí."

No queremos más ser las únicas que luchamos para que la sociedad deje de ser un lugar hostil y ser mujer un riesgo de vida. Que este 8 de marzo sea un punto de partida.